

# SALVAJES DE UNA NUEVA ÉPOCA

Carlos Granés

## INTRODUCCIÓN

1

Son reveladoras las notas de los poetas latinoamericanos que hace cien años veían cómo sus ciudades sufrían una transformación pasmosa. En los suburbios tropicales empezaban a crecer postes de luz y enmarañados cables donde antes solo había bananeras. Las redes del tranvía se esparcían por la metrópolis. Cualquier mortal podía experimentar ahora la inverosímil sensación de velocidad. En Bogotá sonaban timbres, como diría el poeta Luis Vidales, revolucionario invento que reemplazaba a la rústica aldaba y al arcaico grito. Los aviadores recortaban distancias y se convertían en héroes. No solo Lindbergh, también latinoamericanos como el cuzqueño Alejandro Velasco Astete, a quien Martín Chambi inmortalizó en uno de los homenajes que le hicieron, avivaban la imaginación con sus hazañas a bordo de un avión sobre los Andes.

El claxon, los motores y las hélices fueron las nuevas musas. La sentimentalidad romántica, con sus decorados lunares y

decadentes, fue reemplazada por el brillo del metal y la simultaneidad de la urbe. Tanta novedad hizo sentir a los jóvenes de Brasil, de Perú, de México como una horda de primitivos que conjuraba su asombro escribiendo sobre aviones, automóviles y avisos luminosos, el fabuloso inmobiliario de la recién llegada modernidad. Dejaban de ser decimonónicos que oteaban las constelaciones desde su torre de marfil y empezaban a bajar a la calle a untarse de gente, de conflictos sociales, de anarquismo; a ser mordidos por esa serpiente bicéfala, el radicalismo político, que proyectó a unos hacia el comunismo y a otros los lanzó a las trincheras opuestas del fascismo.

En efecto, eran salvajes de una nueva época. Con esas mismas palabras definió a su generación Oswald de Andrade: primitivos colmados de entusiasmo y fantásticos presagios que trataban de entender las transformaciones sociales generadas por inventos llegados del otro lado del mundo. Y como primitivos que se sentían, fueron en busca de los primitivos reales: en Perú los quechuas y aimaras de los Andes, en Argentina los gauchos de la pampa, en Brasil los tupíes selváticos, en Colombia el linaje de la diosa Bachué, en el Caribe los negros africanos, en México el campesinado y los herederos de Teotihuacán.

Para defenderse del mundo moderno buscaron la raíz nacional que, por arcaica y desconocida, resultaba completamente nueva: una fuente espiritual vigorosa que les permitía